

DE NUEVO, ALGUACIL

La presentación de una parte de la obra fotográfica de Casiano Alguacil, seguida de un coloquio sobre ella, que tuvo lugar hace casi dos años en el salón de actos de Benacazón, ha tenido dos continuaciones valiosas. De una parte, la edición de dos series de sus fotografías, realizadas por una editorial toledana que está colaborando con brillantez a la difusión de la cultura, antigua y moderna, de nuestra ciudad. De otra, el excelente libro de 228 páginas en folio que aprobó la anterior Corporación municipal y que ha asumido y terminado por fin, con decisión digna de aplauso, el actual consistorio. Libro basado en la inteligente y esforzada labor de Manuel Carrero durante casi tres años, invertidos en la restauración paciente de las viejas placas de cristal al colodio, adquiridas a su autor por el Ayuntamiento en el ya remoto año de 1906, a propuesta de un nutrido grupo de toledanos que eran también toledanistas. Grupo que, por cierto, encabezaba el padre de quien esto escribe.

(Todo tiene su pequeña historia y debe relatarse la que ha culminado con esta bella edición municipal. Las placas de Alguacil no eran, naturalmente, ningún secreto e incluso habían sido catalogadas hace años por don Ventura S. Comendador. Su almacenamiento, en estantes de madera tosca divididos por listones para colocarlas verticales y aisladas entre sí [que tal vez ideara el propio fotógrafo] era muy primitivo y un receptáculo de polvo. Elegido alcalde don Juan Ignacio de Mesa, gran aficionado a la fotografía como es sabido, la Archivera municipal doña Esperanza Pedraza elevó a la Corporación un escrito proponiendo su restauración, rápidamente aprobado; y durante varios meses realizó una nueva y completa catalogación de las placas, ayudada por doña Agustina Martín. Labor ésta de identificación bastante difícil en cuanto a las calles o parajes reproducidos, modificados, por el paso de un siglo en muchas de ellas; y difícil también la reconstrucción de las placas rotas, verdadero rompecabezas del que hemos sido a veces testigo. En no pocos casos hubo que salir a la calle, placa en mano, para

averiguar o para confirmar lo que reproducían, dato éste que Alguacil no solía indicar en ellas.

Como el libro que comentamos omite de quién partió la idea y quiénes la hicieron posible, creemos justo dejar constancia de ello.)

* * *

Buen libro, sí, señor, el que han escrito Manuel Carrero como técnico consumado y cuatro todavía jóvenes historiadores, licenciados en nuestro Centro Universitario, autores ya de trabajos interesantes sobre la historia moderna de Toledo: Rafael del Cerro, Fernando Martínez, Isidro y Juan Sánchez. Libro atractivo, de lectura amena, encuadernado e ilustrado con dignidad y con una composición y ajuste muy cuidados, logrando un gran equilibrio entre el texto, las ilustraciones y las fotografías menos conocidas de Alguacil, que se comentan con oportunidad y se contrastan con textos de novelistas famosos, elogiosos unos y pesimistas los más, sobre la ciudad en la época en que vivió, trabajó y se esforzó en divulgar sus bellezas artísticas aquel buen artesano y algo artista también. Hombre nacido en las tierras que habían sido, hasta pocos años de su nacimiento, propiedad y jurisdicción señorial de la ciudad desde los días victoriosos de Fernando III hasta la supresión de los señoríos en 1811 por las Cortes de Cádiz. Unico decreto de éstas, por cierto, que dejó subsistente Fernando VII.

Fue aquélla una época difícil, de epidemias y de crisis, de ruínas que amenazaban desertizar buena parte del casco histórico aunque productiva para los especuladores con los bienes desamortizados (la «copiosa familia de propietarios» que esperaba crear Mendizábal como apoyo a su partido) sin apenas beneficio para los toledanos y con graves perjuicios para los más modestos. Años en que se pretendía gobernar a base de las ilusiones de un grupo de políticos ingenuos, creyentes tal vez en la bondad ingénita del hombre, pero incapaces de prever —e impotentes para encauzar— la vena sote rrada de celtiberismo que aflora con ímpetu y degrada el final del revuelto Sexenio. Epoca en la que España se convierte, otra vez, en el enfermo de Europa y que termina abruptamente dando la razón —y es lástima— a Oswald Spengler, cuando dijo que «a última hora, siempre ha sido un puñado de soldados el que ha de salvar la civilización».

En tales años, el hombre hosco pero sin duda bueno que era Alguacil, colabora ilusionado en la *regeneración* que se aseguraba necesaria para salvar el gran bache del siglo XIX. Y que lentamente se consigue, antes y después de 1868, disponiendo en este año por fin de los fondos congelados en Ciudad Real, producto de los bienes de Propios toledanos vendidos y no pagados al Ayuntamiento, y que termina obras como las dos traídas de aguas (1863, 1870), la regularización de calles vitales para el tráfico (Armas, 1864-1866; cuesta de Belén, 1867; Nuncio Viejo, 1869-1882; plaza del Ayuntamiento, 1862-1864). Años en que se inician los paseos del Tránsito (1866), San Cristóbal (1858-1864) y el Miradero (1887) y se planea reformar (¡otra vez!) Zocodover y plantar el paseo de Merchán. Se logra la reconstrucción, por dos veces seguidas, del Alcázar y la instalación definitiva de la ansiada Academia de Infantería, la construcción del Teatro de Rojas, de la plaza de toros, del matadero y de un cementerio digno y capaz. Se funda el Centro de Artistas e Industriales («más industriales que artistas», decían con sorna los toledanos) con una estimable labor cultural y se consigue la electricidad desde los viejos molinos del Tajo. La Comisión de Monumentos salva a San Servando de la demolición, rescata el arco del palacio llamado del Rey Don Pedro y consolida la capilla donde lo aloja, restaurando además la Puerta del Sol, Santa María la Blanca, el Cristo de la Luz y la sinagoga del Tránsito, terminada ésta por el eficiente marqués de la Vega-Inclán, uno de los hombres con más aptitud para atraer turistas que ha habido en España.

Como vemos, no todo es ruina y pesimismo, como creeríamos si sólo leyéramos a Baroja, con su incisivo y amargo estilo, o a Galdós, con su enfoque costumbrista de máxima altura literaria. No hay que olvidar que eran novelistas, no sociólogos ni historiadores; y que seleccionaban los tipos y ambientes adecuados a sus argumentos, olvidando a los ciudadanos corrientes y molientes que *hacían cosas*; cosas prácticas, sí, pero necesarias aunque no novelables. Hay que destacar en una ciudad de menos de 20.000 habitantes, la «Sociedad Arqueológica de Toledo» agrupa a casi 200 socios que realizan actividades culturales, compuesta por comerciantes y militares, profesionales y artesanos, funcionarios y eclesiásticos. Se crea la Escuela de Artes, funcionan un Liceo y un Ateneo, se editan obras monumentales, hoy tan vigentes como son las de Parro y Martín Gamero, suscritas antes de imprimirse por 182 y 270 hombres —que hemos de suponer cultivados—, respectivamente, que prometen adquirirlas. Aparecen y desaparecen periódicos (sería útil comparar su nú-

mero con los de provincias similares) y se fundan cooperativas, sociedades de seguros y colegios profesionales.

No todo son, por tanto, brochazos dignos de Solana. Hay analfabetos (y sobre todo, analfabetas), hay parados y problemas difíciles, hay discusiones políticas y caciquismo, como en toda España. Pero hay un Instituto, una Academia Militar y varias preparatorias, un Seminario, una Escuela de Artes, escuelas primarias públicas y privadas. Se construye el hotel que sería en su época el mejor de Europa (lo que justifica que Alguacil lo fotografíe más de una vez) porque, evidentemente, hay viajeros que lo sostienen. Llega a Toledo el ferrocarril, se construyen las tres carreteras más importantes para la ciudad (Madrid, Avila y Ciudad Real) más las nacionales que cruzan la provincia; se extiende el telégrafo y hasta se sueña con un tranvía utópico desde Bargas y una Gran Vía inútil que, por fortuna, queda nonnata.

En todo caso, merece agotarse pronto la edición de este libro sobre Alguacil, el más extenso y más estético que ha realizado hasta ahora el Ayuntamiento toledano. Y si, como deseamos, aparece una segunda edición, convendría rectificar algunos datos inexactos que se han deslizado en ésta. Por ejemplo, que los sofieles (p. 39), palabra por cierto no recogida en el Diccionario oficial, no cobraban arbitrios, sino que, como decía el doctor Pisa, eran «ministros, familiares y cursores» de citaciones y notificaciones municipales; que el Alcázar no fue destruido en 1936 por un incendio, sino con artillería y minas, y que San Juan de la Penitencia se incendió el 24 de julio de 1936, como aún pueden informar bastantes contemporáneos, entre ellos la familia Rodríguez, cuya cámara, manejada por Pablo Rodríguez, se quemó allí; o la propia Archivera municipal, refugiada con su familia en el convento y expulsada de él, junto con la comunidad, momentos antes de ser registrado e incendiado. En un monumento de su categoría, un incendio hubiera tenido inmediato reflejo en toda la Prensa, si acaece antes del 18 de julio; lo que no sucedió. Y algunos detalles más, como que las Ordenanzas de 1890 están impresas, o las siempre inevitables erratas.

Confiamos en que el Ayuntamiento prosiga el camino tan bien marcado por este libro, digno sucesor de los privilegios editados en 1963. El archivo municipal tiene bastantes más cosas, y más valiosas, que las placas de Alguacil. Una edición ilustrada del catálogo de sus interesantísimos fondos debería ser el libro siguiente, máxime cuando, según nuestras noticias, está ya redactado el del

«Archivo Secreto» y comenzada su impresión, en suspenso por el desinterés de la Corporación en terminarla.

Señor Alcalde: debe proseguir esta serie municipal. Así nos satisfaría a todos decir que la edición siguiente es una iniciativa y un éxito debidos exclusivamente a la Corporación que preside.

JULIO PORRES
Numerario